

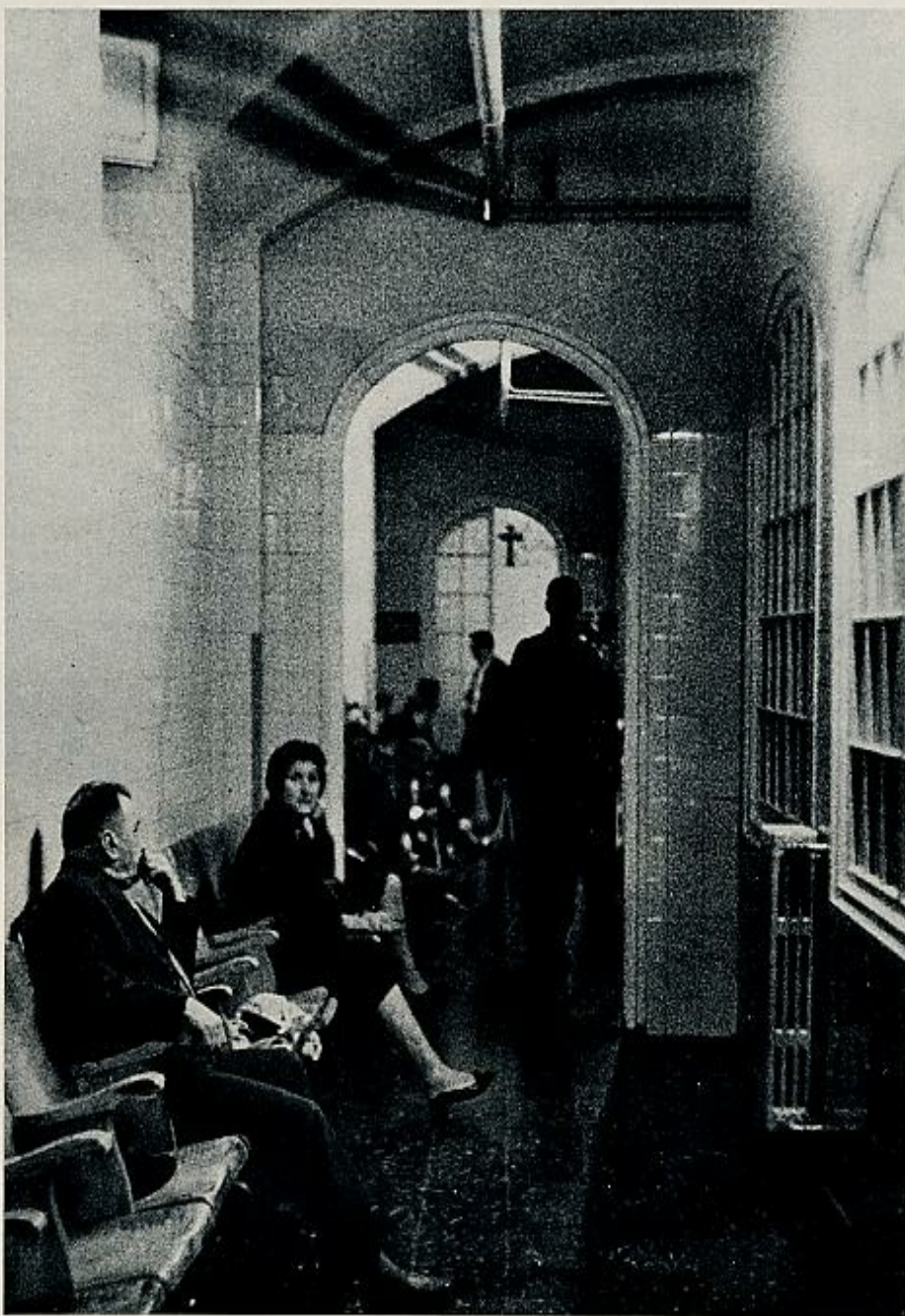
# LAS ENFERMEDADES DE LA VIRTUD

A los médicos nos sucede lo mismo todos los días; por ejemplo, se nos presenta un señor que se queja de males cardíacos. Le dan «pinchazos en el corazón», nos dice. Tiene la impresión de que tan pronto los latidos del corazón se le encabritan como se le adormecen. Está agitado, insomne, ansioso. Se le ausculta y no se descubre nada. Para tranquilidad de conciencia se le recomienda un electrocardiograma. El resultado da negativo: el corazón funciona perfectamente. El enfermo no se lo cree. A veces, a ocultas de su propio médico, se hace sacar otros varios electrocardiogramas. No hay resultado. El médico va aún más lejos, siempre con la intención de tranquilizarle la conciencia: prescribe todo tipo de análisis, de sangre, de orina, etc. Hay que rendirse a la evidencia: nuestro enfermo no tiene ninguna lesión cardíaca verificable.

Al llegar a este punto comenzamos a hacerle preguntas sobre su vida, su trabajo, su hogar, sus preocupaciones. El enfermo se pone impaciente. Está persuadido que tiene algo en el corazón y que no es capaz de descubrirlo. Es rebelde. El médico se empeña en buscar una razón psicológica. El enfermo quiere que se le encuentre un desorden fisiológico. En tiempos de Molière podría haber encarnado el famoso «El enfermo Imaginario», del que entonces convenía chancearse. Hoy es exponente de un fenómeno que intenta comprender el médico: si su imaginación está enferma, puede provocar una afección orgánica. Este problema —posiblemente uno de los más apasionantes de la medicina actual— ha sido el que ha intentado resolver el profesor Thure von Uexküll en su libro apasionante y difícil sobre la sicósomática («La médecine psychosomatique»).

## el rugido del león

Este autor —filósofo y médico en el mismo grado— se convirtió de profesor de la Universidad de Giessen (Alemania Federal) en sicósomático, después de una larga estancia en los Estados Unidos. Esta conversión le ayudó a hacer comprender a los más escépticos el carácter revolucionario de la medicina moderna. El mismo era escéptico. Se debía, según dice, a que vivía en la medicina habitual construida a partir de las ciencias naturales, es decir, a partir de un sistema en el que todo lo que se refiere al espíritu, al alma, al siquismo, no encuentra ningún lugar. Introducir el siquismo en medicina tiene consecuencias considerables...



En las clínicas hay enfermos para cuya comprensión es preciso tener en cuenta su «experiencia vital».



condición —concreta el profesor— que se aplique su estudio con el mismo rigor que si se tratara de procesos físicos, químicos o bacteriológicos.

Freud y Charcot habían demostrado ya que lo que, en otro tiempo, se llamaba histeria, y que no se ve ya prácticamente, no era más que la expresión, cifrada en cierto modo, de tendencias reprimidas y que no podían exteriorizarse decorosamente, sino bajo la máscara de enfermedades a las que el Dr. Chauchard ha titulado graciosamente «enfermedades de la virtud».

Tanto en sus principios como en sus objetivos, el psicoanálisis difiere grandemente de la medicina sicosomática, aunque ésta le ha abierto la vía cuando aquella descubrió, a raíz de perturbaciones de ciertas funciones del cuerpo, conflictos psicológicos «en mal estado de salud» y cuando probó que una «carga emocional» podía «convertirse» en un síntoma físico.

El profesor Uexküll cita el famoso ejemplo del «temblor de los combatientes» que hizo estragos durante la primera guerra mundial y que sumergió al cuerpo médico en la mayor perplejidad. Fue necesario que un desconocido médico alemán se atreviera a utilizar la sugestión para conseguir curas masivas. Su «truco» más eficaz consistía en hacer gritar a sus enfermos, durante bastante tiempo y colectivamente, imitando el rugido del león.

Pero las grandes líneas de la medicina sicosomática han quedado esbozadas a partir de las experiencias de L. Krehl, en Leipzig, en 1929, y de Bergmann, en Berlín, en 1936, que demostraron que la enfermedad no era un estado anatómico que determinara perturbaciones en las funciones vitales, sino un fenómeno dinámico en el que la perturbación de la función era inicial, siendo la lesión no la causa sino el resultado. Esta comprobación provocó una revolución en el tratamiento de ciertas enfermedades, como, por ejemplo, la úlcera de duodeno, que ha dejado prácticamente de operarse y que se llega a curar tratando los desórdenes funcionales que provocan su aparición.

## la grasa de la ansiedad

En el cuerpo todo está ligado a todo. Es evidente que es posible siempre buscar y encontrar en la base de una anomalía funcional otros desórdenes, pero esto es dar un giro total. Es preferible utilizar lo que nos ha enseñado la psicología, añadiéndole lo que sabemos acerca de la enfermedad funcional.

Al admitir que las modificaciones mórbidas estructurales son la consecuencia de anomalías funcionales y al descubrir, en el origen de estas anomalías funcionales, conflictos síquicos inconscientes, es normal que se haya pasado, sin discontinuidad, de lo físico a lo síquico. En realidad, se ha descubierto simplemente el supuesto enigma de las relaciones físico-espirituales. Se trata al menos —según Von Uexküll— de la esencia misma de la doctrina sicosomática.

Nuestro desarrollo viene dirigido por dos factores: por un lado, por nuestras disposiciones innatas o, si se quiere, nuestra constitución; por otra parte, por nuestros logros durante la vida, nuestra **experiencia vital**. Nuestra constitución es inalterable; nuestra experiencia vital cambia constantemente. La importancia de cada una es variable. La medicina sicosomática se interesa en gran manera por las influencias de esta «experiencia vital» sobre nuestras enfermedades; estas influencias que no son sino famosos factores de predisposición a los que cualquier médico suele citar con tanta facilidad y en las cuales los elementos síquicos y somáticos se entrecruzan indisolublemente. De esta forma, solemos pensar que



Frecuentemente se comprueba que lo que hay que curar no es la enfermedad del individuo, sino la sociedad.

la tendencia a las enfermedades vasculares del grupo de la arteriosclerosis y de la hipertensión arterial está ligada a las condiciones de alimentación; pero los hábitos alimenticios de una persona están decididos por factores síquicos. De este modo, existe un tipo de obesidad especial que se da entre ansiosos; también aquí se encuentran ligados íntimamente el «soma» y la «sique».

## las úlceras

Indudablemente, esta interacción entre alma y cuerpo, entre lo síquico y lo psicológico, está reconocida en la actualidad por el gran público. Pero la cuestión principal estriba en definir esta interacción. ¿Se puede afirmar, por ejemplo, que ciertos hechos síquicos, que ciertos conflictos de la vida emotiva pueden provocar perturbaciones funcionales específicas? ¿Existe una relación inalterable, de causa a efecto, entre estos dos tipos de fenómeno? Se han hecho numerosas investigaciones para dar una respuesta a esta pregunta, pero aún no ha sido posible y sólo han quedado en «aproximaciones».

De este modo, los médicos subrayan desde hace tiempo que los enfermos afectados de úlcera de estómago tienen unas particularidades comunes; con frecuencia son delgados, sensibles, hipertiroideos (mirada brillante, manos mojadas, corazón rápido) y generalmente les devora la ambición. Según Alexander, que ha estudiado las influencias de lo que ha denominado «el factor personal específico», estos enfermos experimentan una necesidad exacerbada de seguridad y de cuidados y son «susceptibles» de «desequilibrarse» en cuanto la comunidad en que viven no responde ya a sus secretos impulsos. Esto puede explicar el éxito de las curas de régimen y de los reposos realizados en clínicas en condiciones ideales de «maternidad».

Pero aún parecerá más sorprendente un hecho distinto: existe un **perfil personal** característico de las víctimas de accidente. Las estadísticas lo han descubierto y la policía de carretera lo sabe perfectamente: los accidentes se dan entre individuos inclinados por naturaleza a la negligencia, al olvido, a la falta de atención, a lo que Freud llamaba «los actos fallidos»; no tienen nada que ver con ser mal conductor.

Se han buscado las razones de que los males a los que solemos atribuir causas síquicas y que no figuran entre las enfermedades sicosomáticas, como la úlcera duodenal, el infarto de miocardio, el asma, etc., se acentúan en períodos de catástrofes,

durante guerras, concretamente, en las que abundan situaciones difíciles, agresiones, «tensiones». La frase «durante la guerra marchaba bien» sale constantemente en las observaciones recogidas por los médicos de labios de sus enfermos. La última guerra ha demostrado perfectamente que todas —neuróticos o no— ocultamos en lo más profundo de nuestro inconsciente deseos y fuerzas destructoras. Freud pretendía que toda sociedad exige de sus miembros un sacrificio. La condenación moral de ciertas necesidades instintivas —parte integrante de nuestra vida biológica— nos somete a frustraciones. A esto se debe que nuestro medio social nos parezca tanto más opresor cuanto más moral es, y que a las épocas de angustia y de inseguridad general, al flaquear la moralidad, numerosos seres experimenten una impresión de alivio.

## miramientos

La medicina sicosomática entiende que la gran mayoría de las hipertensiones arteriales —llamadas «esenciales»— tienen su causa en la represión de tendencias agresivas, y que el origen de casi todas las úlceras del aparato digestivo reside en una «preparación» permanente al hecho de ser alimentado que mantiene una hipersecreción gástrica; en medicina sicosomática se habla de «enfermedades de la preparación». Se oponen a las enfermedades llamadas «de la expresión», cuyos signos pueden ser símbolos con cuya ayuda un paciente intenta conseguir de su entorno miramientos especiales.

El hombre es un ser sumergido en un campo de reacciones y relaciones, originadas en factores que le son extraños; su evolución se realiza bajo influencias notables y formadoras de la comunidad cultural en cuyo seno crece. La medicina sicosomática se liga con frecuencia a la médico-sociología que se ocupa de las enfermedades causadas por reacciones de fracaso de un individuo respecto a su medio social. Que la salud del hombre pueda depender también y en una cierta medida de sus relaciones con sus semejantes, da a los médicos recursos, responsabilidades, pero al mismo tiempo nuevos límites. A veces tiene posibilidades mayores. Pero frecuentemente, por el contrario, le es necesario comprobar que lo que hay que curar es la sociedad entera y no la enfermedad de un individuo.